

Nada en dor, em dor creada,
Nao sei onde isto ha de ir ter;
Vejo-vos, filha fermosa,
Com olhos verdes crescer

.....
Nao ouvem fados rezao,
Nem se consentem rogar;
De vosso pae hei mór dó,
Que de si se ha de queixar.

Eu vos ouvi a vós só,
Primeiro que outrem ninguem;
Nao foreis vos, se eu nao fora;
Nao sei se fiz mal, se bem.

Mas nao póde ser, senhora,
Pera mal nenhum nascerdes,
Con esse riso gracioso
Que tendes sob olhos verdes...

Ojos verdes tenía, pues, Aonia, y es la única seña que el poeta ha querido darnos de su misteriosa belleza.

Sospechosa, aunque no sabedora de sus amores, emprende el ama en un largo y prudente razonamiento prevenirla contra los peligros de la pasión; pero el amor triunfa de todo, y Aonia llega a entablar honesta plática con Bimnarder desde la alta ventana de su aposento. Una noche Bimnarder, embelesado con la conversación, resbala y cae en tierra, hiriéndose gravemente; peripecia que ya hemos visto en los amores de Tirante el Blanco y la princesa Carmesina, y que tiene en los de Calixto y Melibea tan trágicas consecuencias. Este accidente hace desbordarse la pasión de Aonia, que fingiendo ir en romería con su confidente Enis (Inés) va a visitar a su amador en la cabaña donde yacía magullado y doliente. Esta rápida entrevista fué el último consuelo que Bimnarder tuvo en esta vida. Lamentor se empeña en casar a su cuñada con el hijo de un caballero muy rico, vecino suyo; ella se resigna después de una resistencia harto breve, y Fileno, su marido, se la lleva a su casa, sin que el mísero Bimnarder supiera nada de esto hasta que vió pasar el cortejo de la boda. Desesperado huyó de aquella tierra, y no volvió a saberse de él.

Tal es la sencilla y lastimera historia que nos cuenta Bernaldim Ribeiro. *Menina e Moça* no es más que un fragmento, y acaso su autor no quiso que fuese otra cosa. Una novela más larga en el mismo estilo quejumbroso hubiera resultado monótona. Pero no faltó quien la continuase, y en la edición de Evora de 1557, que sirvió de tipo a las posteriores, se añade una *Segunda parte d' esta historia das Saudades de Bernaldim Ribeiro: a qual e declaracao da primeira parte d' este livro*. Realmente no declara ni explica nada: es un libro de caballerías bastante embrollado, en que se observan algunas reminiscencias del *Tristán*. Los personajes que intervienen son nuevos en gran parte, y sus nombres parecen anagramas perfectos, por lo cual es de suponer que las aventuras tengan algún fondo histórico, cuya clave se ha perdido. Bimnarder y Aonia quedan muy en segundo término, y apenas se habla de ellos hasta la mitad de la obra, en que sucumben a manos del celoso marido Orphileno, herido también de muerte por Bimnarder. En los veinticuatro primeros capítulos el héroe es *Avalor* (Alvaro), enamorado de *Arima* (María), la hija de Lamentor. En los últimos es *Tasbian*, uno de los dos amigos, que en vez de tener el trágico destino que en la primera parte se anuncia, llega a contraer feliz matrimonio con Romabisa, hermana de Cruelsia. Otras aventuras son

retrospectivas y se refieren a Lamentor y sus amores con Belisa, a quien libró del poder de Fabudarán: episodio servilmente imitado del *Amadis de Gaula* (1).

El editor de Evora no dice que esta segunda parte sea de Bernardim Ribeiro; antes bien insinúa lo contrario, llamando la atención sobre la *diferencia* entre ambas. Esta diferencia es palpable, no sólo por el género de los lances, no sólo por la rareza de que Bernardim relate la muerte de Bimnarder, esto es la suya propia, pues esto podría ser una ficción poética, sino por las contradicciones que la segunda narración envuelve respecto de la primera, por el cambio no justificado de algunos nombres, como el de *Fileno* en *Orfileno*, y sobre todo por la diferencia de carácter, imaginación y estilo entre ambos libros. El primero es una novela subjetiva, un análisis de pasión; el segundo, una novela enteramente externa y de aventuras, que no sale del tipo general de las de su clase, y parece fabricada no con sentimientos personales, sino con reminiscencias literarias. Pero no todo es digno de Bernardim Ribeiro en esta segunda parte. Acaso el continuador aprovechó fragmentos suyos para los primeros capítulos, que son mucho mejores que los restantes. Algo suyo debe de haber en la historia de *Arima* y *Avalor*, que tiene toques muy delicados, y por mi parte me cuesta trabajo creer que no sea suyo el romance inserto en el capítulo XI. Sea de quien fuere, es delicioso. Nada hay en las cinco églogas de nuestro poeta, nada en la de *Crisfal* de Cristóbal Falcao, nada en la lírica portuguesa de entonces, que tenga el extraño hechizo, la misteriosa vaguedad de este romance de *Avalor*:

Pela ribeira de un rio—que leva as aguas ao mar,
Vai o triste de Avalor—nao sabe si ha de tornar.
As aguas levam seu bem,—elle leva o seu pesar;
E só vai, sem companhia,—que os seus fôra elle leixar;
Cá quem nao leva descanso—descança em só caminhar.
Descontra d' onde ia a barca,—se ia o sol a baixar:

(1) Para esta segunda parte, no incluída en la edición del Sr. Pesanha, me he valido de las dos siguientes, que son imperfectísimas:

—*Menina e Moça ou Saudades de Bernardim Ribeyro*... Lisboa, na off. de Domingos Gonsalves, 1785.

—*Obras de Bernardim Ribeiro. Editor J. da Silva Mendes Leal Junior e F. I. Pinheiro*, Lisboa, 1852.

Las primitivas ediciones de esta novela son de la más extraordinaria rareza. No sé que en la Península exista ejemplar alguno de la de Ferrara, que Brunet describe así:

—*Hystoria de Menina e Moça, por Bernaldim Ribeyro, agora de novo estampada e con summa diligencia emendada, e assi algumas églogas suas*... Ferrera, 1554.

La segunda existe en el Museo Británico de Londres:

—*Primeira e segunda parte do livro chamado as Saudades de Bernaldim Ribeiro, con todas suas obras. Tradadado do seu proprio original nouamente impresso, 1557.* (Colofón) *Imprimose estas obras de Bernaldim Ribeiro, na muito e sempre leal cidade de Euora em casa de Andres de Burgos, cavaleyro impressor da casa do Cardéal iffante nosso senhor: aos trinta de Janeiro de M.D.LVIII. 8.º gót.*

—*Historia de Menina e Moca* (sic) *por Bernaldim Ribeyro, agora de nouo estampada. Vendese a presente obra em Lixboa, en casa de Francisco Grofeo, acabouse de imprimir a 20 de Março de 1559 annos.* Esta impresión fué hecha en Colonia por Arnoldo Byrcman. La parte segunda sólo llega hasta el capítulo XVII.

—Lisboa, 1616, por Pedro Craesbeck.

—Lisboa, 1645.

En la Biblioteca de nuestra Academia de la Historia se conserva un manuscrito de *Menina e Moça*, de letra del siglo XVI, con muchas y curiosas variantes, que ha utilizado en su edición el Sr. Pesanha. La segunda parte queda truncada en el capítulo XVII, lo mismo que en la edición de Colonia, de la cual, por otra parte, difiere mucho. Esta conformidad mueve a sospechar que los primeros capítulos son todavía de Bernaldim Ribeiro, o bien que los continuadores fueron dos.

Indose abaixando o sol,—escurecia-se o ar;
 Tudo se fazia triste—quanto havia de ficar.
 Da barca levantam remos,—e ao som de remar
 Começaram osromeiros—da barca este cantar:
 —«Que frias eram as aguas!—quem as haverá de passar?»
 Dos outros barcos respondem: «quem as haverá de passar?»
 Frias sao as aguas, frias,—ninguem n' as pode passar;
 Senao quem pôs a vontade—donde a nao pode tirar.
 Tra' la barca lhe vao olhos—quanto o dia da logar:
 Nao durou muito, que o bem—nao pode muito durar.
 Vendo o sol posto contr' elle,—nao teve mais que pensar;
 Soltou redeas ao cavallo—a beira do rio a andar.
 A noite era callada—pera mais o magoar,
 Que ao compasso dos remos—era o seu suspirar.
 Querer contar suas mágoas—seria areias contar;
 Quanto mas ia alongando,—se ia alongando o soar.
 Dos seus ouvidos aos olhos—a tristeza foi igualar;
 Assi como ia a cavallo—foi pela agua dentro entrar.
 E dando um longo suspiro—ouvía longe fallar:
 Onde mágoas levam olhos,—vao tamben corpo levar.
 Mas indo assi por acerto,—foi c' um barco n' agua dar
 Que estava amarrado a terra.—e seu dono era a folgar.
 Saltou assi como ia, dentro—e foi a amarra cortar:
 A corrente e a maré—acertaram n' o a ajudar.
 Nao sabem mais que foi d' elle,—nem novas se podem achar:
 Suspeitaram que foi morto,—mas nao e pera afirmar:
 Que o imbarcou ventura,—pera so isso aguardar.
 Mais sao as mágoas do mar—do que se podem curar.

Para los contemporáneos no fué un misterio que *Menina e Moça* envolvía una historia real, a pesar de su vaguedad calculada y del triple velo en que la envolvió su autor. Lo indica ya la prohibición inquisitorial, y lo declara explícitamente un deudo del poeta, Manuel de Silva Mascarenhas, que hizo la edición de 1645. «El asunto del libro (dice) son amores de Palacio en aquella edad (la del rey don Manuel) e historias que verdaderamente acontecieron, disfrazadas debajo de caballerías, que era lo que más en aquel tiempo se usaba escribir. Lo principal de la historia es sobre cosas suyas de cierto amor ausente, cuyas penas le acabaron la vida. Los nombres de los que hablan en este libro son las letras mudadas de los verdaderos con que se escriben, como Narbindel (Bernardim), Avalor (Alvaro), Aonia (Juana), y así los otros. Y como no lo compuso más que para sí, y fué parto de sus altivos y enamorados pensamientos, no se imprimió en vida suya: a su muerte se encontró entre sus papeles».

Cuando Mascarenhas escribía esto debía de estar formada ya la más antigua y poética de las leyendas relativas a Bernardim Ribeiro, la que todavía es popular, la que inspiró un excelente drama al mejor de los poetas portugueses del siglo XIX. Fué el primero en vulgarizar esta leyenda Manuel de Faria y Sousa; pero no creo que él la inventase, pues aunque nimiamente crédulo, rara vez fué primer autor, sino más bien colector curioso y amplificador extravagante de las mil tradiciones y patrañas con que embrolló la historia civil y literaria de Portugal. Dice, pues, hablando de Bernardim Ribeiro, en cierto *discurso de los sonetos* publicado en su *Fuente de Aganipe y Rimas varias* (Madrid, 1646):

«Era natural de la villa del Torram, hidalgo de nacimiento y jurista de profesión (1).

(1) Por los años de 1507 a 1511 o 12 cursaba derecho en la Universidad de Lisboa un estudiante llamado Bernardim Ribeiro, cuyo nombre aparece en los libros de matrículas (vid. las

Díose tanto a las amorosas pasiones, i tristezas, i soledades, que de noche se quedava algunas veces por los bosques, i a las margenes de los rios, gimiendo y llorando. Resultole esto de aver dado en el desatino de enamorarse profundamente de la Infanta Doña Beatriz, hija del rey D. Manuel, y ella, con irle dando cuerda (burlas de Palacio), le acabó de rematar. Escribio sus eglogas y otros versos a estos amores: i sus prosas intituladas la *Menina i moza*, o saudades de Bernardim Ribeiro, despues que perdió de vista a la Infanta, que fue quando la llevaron a su marido, el Duque de Saboya IX en el titulo i III en el nombre de Carlos. Sucedió esta ausencia el año 1521, i a ella escribió él una cancion que empieza así: *Desque o meu sol*».

En su *Europa Portuguesa*, publicada en 1679 (1), vuelve Faria y Sousa a contar la leyenda de Bernardim, pero esta vez con muchos más pormenores románticos:

«Oygamos uno de los más raros exemplos de amor en un peeho, y de pena en un amante. Bernardim Ribeyro, hombre noble y de nobilissimo ingenio, amava cordial y puramente a esta Princesa (doña Beatriz), porque ella, como apreciadora de la Poesía benemerita, le honrova y favorecia con escuchar cuidadosamente sus versos, porque no eran ellos en lo afectuoso para oyirse con descuido. Viendo él agora que se le ausentava ella corrió a ponerse en la más alta cumbre de la roca de Sintra, adonde con los ojos inmuebles en el baxel que la llevaba (como el águila en el sol que la examina) estuvo elevado hasta que le perdió de vista. Pareciole que para quien avia perdido tal amparo se avia acabado el mundo; y olvidado de todo lo que no fuesse el dolor de aquella ausencia, se dio a la vida solitaria en aquel propio sitio. Allí compuso aquel libro tan estimado que intituló *Saudades*, ya por las que Beatriz le dexó a él de su estimacion, ya por las que llevaba ella de su patria. Passó de hermitaño en esta sierra a peregrino en Italia. Vio todas sus grandezas, y teniendo por mayor que todas su pena, y el motivo della, volvió por Saboya. Sabiendo allí que Beatriz (no perdiendo la piedad de principes portugueses, aunque perdiese el vivir entre ellos) salia en horas señaladas a ponerse en una puerta para dar limosna a los pobres, introduxose entre ellos para verla, y ella, reconociendole, mandóle que no se detuviesse en la ciudad, porque ya eran pasados los dias de los entretenimientos antiguos de Palacio. Obedeciola en esto, mas no en acetar un socorro grueso que le ofrecia para volverse, y vuelto a la patria, fue fin de la vida el de la peregrinación. Deviose un escrito tan afectuoso a tan elevado amor; un amor tan notable a tan virtuosa princesa; un vivir tristissimo a tanto sentimiento, y un morir de puro sentido a tanta pérdida».

El mayor poeta del romanticismo portugués comprendió el partido que de esta tradición podía sacarse, y fundó en los honestos y desventurados amores de Bernardim y la Infanta el argumento de su drama *Un auto de Gil Vicente*, compuesto en 1838 (2), y que sería el mejor de los suyos si no existiese el incomparable *Fr. Luis de Sousa*. El mayor defecto del *Auto* es su título: Gil Vicente es una figura demasiado grande para ser tratada episódicamente como lo está en el drama de Garrett, donde la representación de su tragicomedia *Las Cortes de Júpiter* sólo sirve para que se desate impetuosa la pasión

notas de la edición del Sr. Pesanha, pp. 248 a 249). Pero no puede ser nuestro poeta, porque tendría entonces cinco o seis años, si se admite la fecha de su nacimiento generalmente aceptada. Por otra parte, nada en sus escritos revela los hábitos de la profesión jurídica, sino más bien los de la vida galante y cortesana.

(1) *Europa Portuguesa. Segunda Edición. Tomo II. Lisboa, a costa d' Antonio Craesbeck de Mello. Año 1679. Pp. 549-550.*

(2) Hállase en el tomo III de la colección general de las obras de Almeida Garret y II de su Teatro (Lisboa, Imprenta Nacional, 1856).

de Bernardim, que entra en el auto disfrazado de mora encantada para entregar el anillo mágico a la nueva duquesa de Saboya. Esta situación es de gran efecto teatral, y no lo pareció menos el final del tercer acto, que pasa a bordo del galeón *Sta. Catherina*. El poeta, a quien su insensata pasión ha arrastrado a embarcarse en aquella nao, se ve próximo a ser sorprendido por el rey D. Manuel, y para salvar el honor de la que ama se arroja al mar entre las sombras de la noche, dejándonos el poeta en la incertidumbre de su destino. Hay algo de artificial y rebuscado en estas situaciones: la ingenuidad pintoresca de la primitiva leyenda satisface mucho más; la historia, como en casi todos los dramas de este género acontece, esta respetada en lo accesorio y falseada en lo fundamental; los afectos que expresa Bernardim no son los del último heredero de los trovadores provenzales, los de un Macías rezagado, sino los de un poeta romántico que ha leído a Chateaubriand y a Lamartine.

Garrett abusa de la nota sentimental y del aparato escénico, emplea la *saudade* como una receta infalible, pero todo se lo perdona por su viva intuición poética (que sólo en *Fr. Luis de Sousa* llega a ser profunda y serena) y por el singular encanto de su estilo, que es una maravilla en el género difícilísimo de la prosa dramática.

Con ocasión del drama de Garrett quiso Alejandro Herculano prestar el apoyo de su autoridad histórica a la leyenda de los amores de doña Beatriz, publicando cierta relación del viaje de la infanta a Saboya (1), de la cual se infiere que fueron mal recibidos allí los portugueses de su séquito y aun se les obligó a salir del país. Pero esto pudo tener otras causas meramente políticas, sin recurrir a la sospecha de los supuestos amores, y es lo cierto que la princesa y su marido vivieron siempre en buena armonía y paz doméstica, a pesar del contraste entre los hábitos sencillos de la modesta corte piemontesa y los esplendores y magnificencias de la Lisboa del Renacimiento en que se había educado doña Beatriz.

Por lo demás, la leyenda de Faria y Sousa no envuelve ninguna imposibilidad cronológica. La infanta tenía poco más o menos de la edad de Bernaldim Ribeiro, puesto que había nacido en 1504 y se casó en 1521, embarcándose para Italia el 9 de agosto. Pero si el poeta vino por primera vez a la corte en aquel mismo año, según de sus églogas se deduce, poquísimo espacio puede concederse para el desarrollo de su pasión.

De todos modos, esta tradición, además de ser antigua, no ha sido impugnada hasta ahora con argumentos tales que la convenzan de falsedad. Esta ventaja lleva a otras dos muy modernas, que han tenido escasos secuaces. Apenas puede hacerse mérito, por lo absurda y extravagante que es de la que hechó a volar el antiguo diplomático brasileño F. A. de Varnhagen, según el cual la *Aonia* de *Menina e Moça*, la amada de Bernaldim Ribeiro, es nuestra reina doña Juana la Loca; su tío *Lamentor*, el rey D. Manuel, y su marido *Fileno*, Felipe el Hermoso. Con decir que aquella pobre señora no puso nunca los pies en Portugal, y estaba ya casada en 1496, cuando probablemente Bernaldim Ribeiro no había nacido, basta para que se juzgue del valor de esta hipótesis, ejemplo solemne de los desvaríos a que se presta la interpretación de los anagramas en obras antiguas, cuya clave no poseemos (2).

De muy distinto género es la hipótesis que con grande agudeza de ingenio y mucha doctrina ha desarrollado Teófilo Braga en su libro *Bernaldim Ribeiro e os Bucolistas*,

(1) En el periódico *O Panorama* (Lisboa, 1839), pp. 276-278.

(2) Hállase desarrollada tan peregrina tesis en el opúsculo ya citado *Da litteratura dos Livros de Cavallerias*. Viena, 1872, pp. 118-126.

tan interesante como todos los suyos (1). Sostiene el erudito historiador de la literatura portuguesa que *Aonia* es doña Juana de Villena, prima del rey D. Manuel, que fué casada con el conde de Vimioso D. Francisco de Portugal. La dama del tiempo antiguo que cuenta la historia y deplora la pérdida de su hijo es doña Leonor, viuda de D. Juan II; el *caballero de la puente* es el príncipe D. Alfonso, que murió de una caída de caballo (lo cual no es lo mismo que morir en un desafío); *Belisa* es doña Isabel, primera mujer de D. Manuel, y *Cruelsia*, probablemente, doña María Coresma, a quien Bernardim había querido antes de ir a la corte y conocer a doña Juana.

Todo ello está muy ingeniosamente combinado, no envuelve ninguno imposibilidad moral, puede parecer hasta verosímil; pero además de ser enteramente gratuito y trabajo de pura imaginación reconstructiva, sin apoyo sólido en ningún documento, tropieza con las fechas generalmente asignadas al nacimiento de Bernardim y a su ida a la corte. Doña Juana ya estaba casada en 1516, y parece haber sido una esposa ejemplar.

Si admitimos, como creyó D. Agustín Durán, que el romance de *Don Bernaldino*, inserto ya en el *Cancionero*, sin año, de Amberes, y repetido en el de 1550 y en la *Silva de Zaragoza*, se refiere al poeta portugués (como parece indicarlo, no sólo la comunidad del nombre, sino un verso que es casi traducción de las primeras líneas de *Menina e Moça*) habrá que suponer que la leyenda amorosa de Bernardim Ribeiro había penetrado en Castilla durante su vida y años antes de que se imprimiese su novela. El romance es tan bello que no debemos omitirle aquí; pertenece al género de los artísticos popularizados que componían los últimos trovadores:

Ya piensa don Bernaldino— a su amiga visitar,
Da voces a los sus pajes— de vestir le quieren dar,
Dábanle calzas de grana— borceguis de cordoban,
Un jubón rico broslado,— que en la corte no hay su par,
Dábanle una rica gorra,— que no se podía apreciar.
Con una letra que dice:— «Mi gloria por bien amar».
La riqueza de su manto— no vos la sabría contar;
Sayo de oro de martillo— que nunca se vió su igual.
Una blanca hacanea— mandó luego ataviar,
Con quince mozos de espuelas— que le van acompañar.
Ocho pajes van con él,— los otros mandó tornar;
De morado y amarillo— es su vestir y calzar.
Allegado han a las puertas— do su amiga solia estar;
Fallan las puertas cerradas,— empiezan de preguntar:
—¿Dónde está doña Leonor— la que aqui solia morar?
Respondió un maldito viejo— que él luego mandó matar.
—Su padre se la llevó— lejas tierras habitar.
El rasga sus vestiduras— con enojo y gran pesar,
Y volviöse a los palacios— do solia reposar.
Puso una espada a sus pechos— por sus días acabar.
Un su amigo que lo supo— veníalo a consolar,
Y en entrando por la puerta— vídolo tendido estar,
Empieza a dar tales voces— que al cielo quieren llegar,
Vienen todos sus vasallos— procuran de lo enterrar
En un rico monumento— todo hecho de cristal,
En torno del cual se puso— un letrado singular:
«Aqui está don Bernaldino— que murió por bien amar».

(Núm. 149 de la *Primavera* de Wolf.)

(1) *Historia da Poesia Portuguesa (Eschola Hispano-Italica. Seculo XVI)*, Bernaldim Ribeiro e os Bucolistas, por Theophilo Braga, Porto, 1872.

Menina e Moça fué una aparición solitaria en la literatura portuguesa. Los ingenios de aquel reino que luego cultivaron con gran ahinco la novela pastoril, como Fernán Alvarez de Oriente en su *Lusitania Transformada* (1607), y Francisco Rodríguez Lobo en su *Primavera y Pastor Peregrino* (1608-1614), no imitaron a Ribeiro, sino a otro famoso conterráneo suyo, a quien se debe la primera novela pastoril escrita en castellano.

Jorge de Montemayor, como él se llamaba castellanizando hasta su apellido, era natural de *Montemor o velho*, lugar situado a cuatro leguas de Coimbra, en las márgenes del Mondego (1). De aquellos parajes se acuerda con amor en el libro VII de la *Diana*, recordando sus antigüedades y tradiciones:

«Y preguntándole Felismena qué ciudad era aquella que había dejado hacia la parte donde el río, con sus cristalinas aguas, apresurando su camino con gran ímpetu venía, y que también deseaba saber qué castillo era aquel que sobre aquel monte mayor que todos estaba edificado, y otras cosas semejantes, la una de aquéllas (pastoras), que Duarda se llamaba, la respondió: que la ciudad se llamaba Coimbra, una de las más insignes y principales de aquel reino, y aun de toda España, así por la antigüedad de nobleza de linajes que en ella había, como por la tierra comarcana a ella, la cual aquel caudaloso río, que Mondego tiene por nombre, con sus cristalinas aguas regaba; y que todos aquellos campos que con tan gran ímpetu iba discurriendo se llamaban el campo de Mondego, y el castillo que delante los ojos tenían era la luz de nuestra España; y que este nombre le convenía más que el suyo propio, pues en medio de la infidelidad del Mahomético rey Marsilio, que tantos años le había tenido cercado, se había sustentado de manera que siempre había salido vencedor, jamás vencido (2); y que el nombre que tenía en lengua portuguesa era *Monte-mor o velho*, adonde la virtud, el ingenio, valor y esfuerzo quedaron por trofeos de las hazañas que los habitantes dél en aquel tiempo habían hecho, y que las damas que en él había y los caballeros que lo habitaban florecían en todas las virtudes que imaginarse podían. Y así le contó la pastora otras muchas cosas de la fertilidad de la tierra, de la antigüedad de los edificios y de las riquezas de los moradores, de la hermosura y discreción de las ninfas y pastoras que por la comarca del inexpugnable castillo habitaban; cosas que a Felismena pusieron en gran admiración».

Allí pasó su primera juventud, sin haber recibido verdadera educación clásica, entregado a la música, al amor y a la poesía. El mismo lo declara en su epístola autobiográfica al Dr. Francisco Sá de Miranda.

Riberas me crié del río Mondego . . .
De ciencia allí alcancé muy poca parte
I por sola esta parte juzgo el todo

(1) Su apellido de familia se ignora. De unos versos satíricos de Juan de Alcalá, que citaré más adelante, se infiere que su padre era platero y que se le motejaba de judaizante:

Y así tu padre el platero	Que como viejo me atrevo;
Que como fue caballero	Pero tú como eres nuevo,
Siguió su caballería,	Ni hablas ni sabes qué.
Y no supo Teología,	Mas sabes bien trabucar
No dijo: saberla quiero.	Lengua morisca en mosaica,
.....	Traducir e interpretar
Yo no declaro la fe	De nuestro comun hablar
Si no lo que della sé,	La cristiana en la hebraica...

(2) Alúdese aquí a la importante y antigua leyenda del abad Juan de Montemayor, de la cual hemos hablado al tratar de las novelas históricas.

De mi ciencia y estilo, ingenio y arte.
En musica gasté mi tiempo todo;
Previno Dios en mí por esta vía
Para me sustentar por algun modo.
No se fió, señor, de la poesía
Porque vio poca en mí, y aunque más viera,
Vio ser pasado el tiempo en que valía.
El río de Mondego i su ribera
Con otros mis iguales paseava,
Sujeto al crudo amor i su bandera.
Con ellos el cantar exercitava
I bien sabe el amor que mi Marfida
Ia entonces sin la ver me lastimava.
Aquella tierra fue de mí querida;
Dejé la, aunque no quise, porque veía
Llegado el tiempo ia de buscar vida.
Para la gran Hesperia fue la vía
A do me encaminara mi ventura
Y a do senti que amor hiere y porfia (1).

Jorge de Montemayor fué soldado en algún tiempo, pero creemos que no en esta época de su vida; puesto que nada dice de ello en su carta. Hay en su *Cancionero* dos sonetos que compuso «partiéndose para la guerra» y «yéndose el autor a Flandes» (2). Del primero son estos versos:

Ora pro mí el Frances quede vencido,
Y el nuestro gran Philipo sublimado . . .

Montemayor no pudo alcanzar más guerra de Felipe II con Francia que la de 1555 a 1559, memorable por el triunfo de San Quintín. Pero mucho tiempo antes de esa fecha encontramos noticias de él en Castilla. Opina su último y erudito biógrafo, el Sr. Sousa Viterbo (3), que el poeta portugués vino a Castilla en la comitiva de la infanta doña María, hija de D. Juan III, casada en 1543 con el príncipe D. Felipe (luego Felipe II), y en efecto, en la dedicatoria de sus dos primeras obras se titula «Cantor en la capilla de su Alteza la muy alta y muy poderosa Señora la infanta doña María» (4).

La vida de esta princesa fué cortísima; poco más de dos años sobrevivió a su matrimonio, y no llegó a ceñir la corona de España. A su fallecimiento, en 12 de junio de 1545, compuso Jorge de Montemayor un soneto hartó infeliz (5) y unas bellísimas coplas de pie quebrado, glosando algunas de las de Jorge Manrique.

Nueva protectora encontró en la infanta de Castilla doña Juana, consorte del príncipe portugués D. Juan y madre del infortunado rey D. Sebastián (6). Ya en 14 de mayo de 1551 estaba al servicio de esta señora, puesto que D. Juan III le hizo merced de la

(1) *Obras de Sá de Miranda*, ed. de Carolina Michaëlis, pp. 655-656.

(2) Folios 88 y 89 del *Cancionero* de Montemayor, ed. de Salamanca, 1579. Hay también una carta de tercetos de un tal Peña, «que enviaron a Montemayor en Flandes» con la respuesta de Montemayor en el mismo metro (fols. 229-235).

(3) En un artículo del *Arquivo Histórico Português*, 1903.

(4) En varias nóminas de la capilla de la infanta doña María, vistas por el Sr. Sousa Viterbo, figura Jorge de Montemor con sueldo de 40.000 maravedís como cantor.

(5) Fol. 148 de su *Cancionero*, ed. de Salamanca, 1579.

(6) Quizá a modo de memorial había escrito Montemayor unas coplas de pie quebrado «Al Serenissimo Principe de Portugal quando se embio a desposar por poderes con la Serenissima Princesa Doña Juana Infanta de Castilla» (Fols. 64-66).

escrevaninha de uno de los dos navíos de la carrera de la Mina, por un viaje, llamándole en el privilegio «criado da princeza muito amada e prezada nossa filha» (1). De esta infanta hay una carta a la reina doña Catalina, intercediendo a favor del padre de nuestro poeta (cuyo nombre no se expresa) para que se le dé el oficio que pide (2).

Por la carta de Montemayor a Sá de Miranda inferimos que para este tiempo habían comenzado ya sus amores con la que llama *Marfida*:

Alli me mostrou Amor una figura;
 Con la flecha apuntando dijo: «aquella»,
 Y luego me tiró con flecha dura.
 A mi Marfida vi más y más bella
 Que quantas nos mostrou natureza,
 Pues todo lo de todas puso en ella...
 Mas ya que el crudo amor me hubo herido,
 Le vi quedar tan preso en sus amores,
 Que io fui vencedor, siendo vencido.
 Allí senti de amor tales dolores
 Que hasta los de aora no creia
 Que los pudiera dar amor maiores...
*En este medio tiempo la estremada,
 De nuestra Lusitania gran princesa,
 En quien la fama siempre está ocupada,
 Tuvo, señor, por bien de mi rudeza
 Servirse, un bajo ser alevantando
 Con su saber extraño i su grandeza.
 En cuya casa estoi ora passando
 Con mi cansada musa...*

La dama designada en esta epístola y en muchas poesías líricas con el nombre de *Marfida* ¿es la misma pastora que en la novela se llama *Diana*? Me inclino a creer que no, porque en la égloga tercera de las que contiene el *Cancionero* de Montemayor, figuran como personas diversas el pastor *lusitano* que servía a *Marfida* y *Sireno* el amante de *Diana*. Cabe, por tanto, la duda de si Montemayor poetizó en su novela amores propios o ajenos. A la *Diana* precede en todas las ediciones el siguiente argumento:

«En los campos de la principal y antigua ciudad de León, riberas del río Ezla, hubo una pastora llamada *Diana*, cuya hermosura fue extremadísima sobre todas las de su tiempo. Esta quiso y fue querida en extremo de un pastor llamado *Sireno*, en cuyos amores hubo toda la limpieza y honestidad posible. Y en el mismo tiempo la quiso más que a sí otro pastor llamado *Silvano*, el cual fue de la pastora tan aborrecido, que no había cosa en la vida a quien peor quisiese. Sucedió, pues, que como *Sireno* fuese forzosamente fuera del Reino a cosas que su partida no podía excusarse, y la pastora quedase muy triste por su ausencia, los tiempos y el corazón de *Diana* se mudaron, y ella se casó con otro pastor llamado *Delio*, poniendo en olvido al que tanto había querido. El cual viniendo después de un año de ausencia, con gran deseo de ver a su pastora, supo antes

(1) Documento citado por el Sr. Sousa Viterbo con estas señas: «Archivo de la Torre do Tombo, Chancillería de D. Juan III, donaciones, lib. LXII, fol. 167».

(2) «Montemayor tiene ay a su padre y desca que el Rey my señor le haga merced de un oficio que pide: suplico a V. alteza sea servida de ayudarle con su alteza para que le haga la merced que oviere lugar, que para my será muy grande la que V. alteza le hiziere en ésta. Nuestro Señor guarde a V. alt. como yo desco. Besa las manos a V. alt. = la princeza». Sobrescrito, «Reyna my señora».

Documento citado por el Sr. Sousa Viterbo.

que llegase cómo era ya casada, y de aquí comienza el primer libro, y en los demás hallarán muy diversas historias de cosas que verdaderamente han sucedido, aunque van disfrazadas bajo el estilo pastoril».

La tradición afirma desde antiguo que *Diana* es figura real y no imaginaria, y hasta de su pueblo natal nos informa. «¿Qué mayor riqueza para una mujer que verse eternizada? (dice Lope de Vega en el acto primero, escena segunda de la *Dorotea*). Porque la hermosura se acaba, y nadie que la mira sin ella cree que la tuvo; y los versos de su alabanza son eternos testigos que viven con su nombre. *La Diana de Montemayor fue una dama natural de Valencia de Don Juan, junto a León, y Ezla, su río, y ella seran eternos por su pluma*».

Es muy curiosa la anécdota que refieren, casi con los mismos términos, Manuel de Faria y Sousa en su comentario a los *Lusíadas* (1) y el P. Sepúlveda, monje jerónimo del Escorial, en una historia manuscrita de varios sucesos (2). Oigamos al comentador portugués:

«Viniendo de León, el año 1603, los santos reyes Felipe III y Margarita, y haciendo noche en la villa de Valderas (debe decir en Valencia de León, y así está en el P. Sepúlveda que es escritor coetáneo), les dijo el marqués de las Navas, su mayordomo, como por nueva alegre y no esperada, que le había cabido en suerte ser hospedado con *Diana* de Jorge de Montemayor. Y preguntando ellos de qué manera, dijo que en aquel lugar vivía la llamada *Diana* y que le habían aposentado en su casa. Gustaron los Reyes de la nueva, por lo mucho que se habían celebrado los escritos de aquel nombre; y haciendo traer a palacio a aquella decantada belleza, cuyo nombre propio era *Ana*, siendo ya entonces, al parecer, de algunos sesenta años, en que todavía se miraban rastros de lo que había sido, la estuvieron inquiriendo de la causa de aquellos amores; y después de ella haber satisfecho a todo con buena gracia y términos políticos, la envió la Reina cargada de dádivas reales. Por ventura si el ingenio de Montemayor no hubiera celebrado aquella *Ana* con el nombre de *Diana* y aquellos amorosos pensamientos, ¿hiciera el marqués de las Navas caso de haber ido a parar a su casa para decirlo a los reyes ni ellos della para oírlo y honrarlo? Claro está que no. Veis ahí la perpetuidad, la fama y la gloria que pueden dar tales autores como aquéllos y como éste con sus escritos».

El P. Sepúlveda afirma que *Diana* era mujer muy bien entendida, bien hablada, muy cortesana, y la *más hacendada y rica de su pueblo*. Y como *Valencia* de Don Juan nunca ha tenido numeroso vecindario, y deben de ser conocidos sus linajes antiguos, no será difícil a cualquier erudito leonés dar con el apellido de la heroína de Montemayor.

La más antigua obra que tenemos de éste es su *Exposición sobre el Salmo ochenta y seis*, impresa en Alcalá de Henares, 1548 (3). Parece que a esta época hemos de

(1) *Lusíadas de Luis de Camões, Príncipe de los Poetas de España... Comentadas por Manuel de Faria y Sousa... Año 1639. En Madrid, por Juan Sanchez, Impresor, t. II, canto IV, columna 434, nota sobre la octava 102.*

(2) T. II, cap. XII. Citado por D. Eutaquio Fernández de Navarrete, en su *Bosquejo histórico sobre la novela española*.

(3) *Exposición moral sobre el psalmo LXXXVI del real profeta David, dirigido a la muy alta y muy poderosa señora la infanta doña María, por George de monte mayor, cantor de la capilla de su alteza.*

(Colofón): *Esta presente obra fue vista y examinada por el muy reuerendo y magnifico señor el vicario general en esta metropoli de Toledo y con su licencia impresa en la uniuersidad de Alcala por Joan de Brocar: primero del mes de Março del año de M.D.XLVIII. 4.º gót. 10 hojas.*

Es opúsculo rarísimo, del cual Salvá (vid. núm. 816 de su Catálogo) poseyó un ejemplar impreso en pergamino.

La traducción del salmo está en quintillas, con una exposición en prosa.